

Kambanelis, Iákovos, *Carta a Orestes*. Introducción, traducción y notas de Sara Esteban Cabrera. Col. «Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos» (Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2024) 73 pp. ISBN: 978-84-18948-39-8.

El año 2024 ha traído una segunda traducción de Iákovos Kambanelis, dramaturgo griego tan conocido en su país como desconocido fuera de él. Un desconocimiento injusto, a juzgar por la potencia de sus obras y el calado de los temas que aborda. A pesar de la distancia que nos separan desde que fueran escritas, siguen manteniendo su vigencia, podemos vernos reflejados en los diálogos por él concebidos. Kambanelis, muerto en 2011, entraría por ello en la categoría de clásico contemporáneo. Como él mismo expuso, el germen de sus dramas no era una historia, sino las personas que la protagonizan, el elemento humano detrás de los hechos, a las que se da voz y que, a partir de ahí, cobran vida propia.

Al leer el título de este monólogo en un acto, pensamos en una pieza en la que se vuelve a oír la voz del hijo de Agamenón, antes, durante o después de haber vengado el asesinato del padre, como si la materia clásica se agotara en ese punto. Sin embargo, los clásicos lo son también porque admiten varias relecturas, desde distintas ópticas que permiten su renovación constante, tantas como generaciones se acercan a ellos. El autor se refería a estas obras del pasado como material de reciclaje ellas mismas, porque lo que leemos en Sófocles, Eurípides y Esquilo, por ejemplo, son a su vez versiones de historias que circularon sobre todo de forma oral. Es pertinente, por tanto, que dramas que abordan cuestiones tan universales como el amor, el odio, la sed de venganza, el deber... se adapten y adopten a los nuevos marcos.

Escrita en 1993 —veinte años después de la revolucionaria *Nuestro Gran Circo* también traducida al castellano y tras un silencio creativo de su autor solo roto en 1989—, esta *Carta a Orestes* forma parte de un tríptico compuesto por otras dos obras en un acto en los que hace una relectura de los clásicos a imitación de lo que hiciera el poeta Yannis Ritsos en *Cuarta dimensión* —hay versión española de Maila García Amorós, Concepción López Rodríguez y Andrés Pociña, publicada por el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas en 2015, dentro de la colección «Biblioteca de Autores Neogriegos»—. En ese movimiento de renovación de los mitos fundacionales griegos, la propuesta de Kambanelis busca resarcir la figura de Clitemnestra. Es a ella a quien escuchamos sobre las tablas dirigirse a su hijo Orestes desde una estancia del palacio de Micenas en un intento por dar la vuelta a lo que ya contara Esquilo en su

Orestía, sobre todo a partir del impacto que le causó el personaje de Electra, el odio que rezuma hacia la madre.

La ideología de Kambanelis se refleja en el personaje que elige para vehicular la historia y los aspectos que subraya. Optar por dar voz a la parte más débil, sobre la que se ha ensañado la tradición literaria tildándola de lujuriosa, pérfida, ambiciosa, etc., es ya un posicionamiento político. El único culpable al que se señala directamente es a Agamenón; el resto —Clitemnestra y sus hijos (Orestes, Electra e Ifigenia), Egisto— son víctimas de la ambición del rey de Micenas, de sus malos tratos. Huye Kambanelis del maniqueísmo y representa con todas sus contradicciones el comportamiento de Clitemnestra. Hay miedo en ella, pero no a la muerte, que sabe inevitable, sino a no tener la oportunidad de contar su historia, a no poder explicarse.

Aunque la carta esté dirigida a Orestes, porque después de todo fue sobre el que recayó la acción según la tradición mítica, quizás el personaje central de este monólogo sea Electra, la hija. Es ella la que centra las preocupaciones de la madre. Despreciada por el padre porque había nacido mujer, el dramaturgo contemporáneo la presenta como una ‘degenerada’, es decir, no comportándose como se espera debería hacerlo de acuerdo con su género. Le preocupa a Clitemnestra que cometa el matricidio al que está dispuesta, porque sabe que ese crimen pesará sobre su conciencia.

Se presenta como una esposa maltratada, despreciada por Agamenón. Un desprecio que este hizo extensivo a su hija Electra. Clitemnestra hace ver cómo cuando más recibía por su parte, más se alejaba de ella la niña, que hacía todo lo posible por ganarse el afecto del padre. El odio de Electra por su madre era expresión de ese anhelo de reconocimiento masculino. «Quiere vengarse del género femenino, no vengar a su padre...», pone Kambanelis en boca de su heroína para señalar cuál es el origen de la tragedia compartida por la madre y sus dos hijas. Como puede verse fácilmente, en *Carta a Orestes* Agamenón pasa de ser el héroe del ciclo troyano a encarnar al villano responsable con su conducta de precipitar al abismo del odio a toda su familia.

Todo lo masculino queda ligado a la violencia. El propio Orestes es concebido tras una violación, a pesar de lo cual Clitemnestra no reniega de su hijo, al que sigue cuidando aun cuando es separada de él para ser educado como un hombre. La denuncia de la violencia estructural dirigida hacia los más débiles es una constante en la obra de Kambanelis, que ya está presente en *Nuestro Gran Teatro*. Reconoce la reina que su única alegría la representó Ifigenia, a la única a la que pudo conservar a su lado porque no gozó del interés de Agamenón como su hermano, ni quiso alcanzarlo como su hermana. En cierto modo, es el único personaje puro en este monólogo y el que tuvo el final más trágico por sus circunstancias,

algo que sabe el espectador que conoce el mito, ya que en la *Carta* no se dice de forma explícita.

Leemos una alusión al mito de la caverna de Platón cuando se llega al momento de la guerra de Troya. Cree Clitemnestra que está viviendo en una obra de teatro —guiño a la metaficción— y que bastaría con salir de la cueva para que Agamenón se diera cuenta de su error. Pero la que se halla equivocada es ella. No se habla de Helena en el monólogo, pero su presencia se intuye en esta parte de la obra. Tampoco Kambanelis la señala como culpable de nada. Lo son únicamente las ambiciones de los hombres, esa violencia estructural que las tiene a ellas como víctimas propiciatorias. Apunta al patriarcado representado por los Atridas —los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao— como el único culpable de ese estado de cosas. «¿Qué tenía que ver mi útero, mi cordón umbilical con sus intereses por Troya?», se pregunta Clitemnestra ya casi al final del monólogo.

A partir de aquí, todo gira alrededor del amor que siente por Egisto, sentimiento que no experimentó con Agamenón. También hay una relectura del personaje que, de acuerdo con la tradición, pasa por ser un traidor. El Egisto de Kambanelis es un rey justo al que el pueblo ha elegido ante el vacío de poder. Que fuera él y no Electra quien ocupara el trono es lo que desata la ira de ella. De nuevo se refiere a la hija como víctima del padre y pide a Orestes que la salve de sí misma. En las últimas líneas de Clitemnestra le ruega que no sea como su padre y su abuelo, que no repita los mismos errores. Es un llamamiento para cambiar las bases de la sociedad, a construir un nuevo sistema de valores que no se base en la subordinación de unas a otros, acabando con esas violencias estructurales que todavía hoy nos lastran.

Carlos Martínez Carrasco
UCO-C.E.N.Ch.